



ANÁLISIS SOBRE EL IMPACTO SOCIAL DE LAS CATÁSTROFES¹

Hugo Gastón Sarno

Mayo de 1997

I -- PRESENTACIÓN DEL TEMA.

Uno de los objetivos de toda sociedad política es el de la cohesión interior, suficientemente sólida como para permitir y absorber las disidencias internas en tanto se desenvuelven dentro del marco de las instituciones. Todo el resguardo de esa solidez se dinamiza para que sea respetado el desenvolvimiento del ámbito institucional.

Sabido es que actualmente, esa cohesión política está amenazada en varios Estados, tanto por medio de una guerra civil (como en Zaire), por actos terroristas (como en Argelia), por razones étnico-religiosas (como en la ex Yugoslavia), como por aspiraciones incompatibles (como en la ex Checoslovaquia). Claro que, estos ejemplos que hemos mencionado, ni son únicos, ni tampoco son 'puros', pues incluyen normalmente una combinación de causas disociadoras, aunque algunas de ellas aparezcan en la superficie política con mayor énfasis que las otras. En todos los casos, la cohesión política tiene un costo, menor y admisible, o bien muy alto y sangriento, exitoso o fracasado.

El tema de este trabajo consiste en la cohesión interior, pero no enfrentada a una discordia, lucha, rivalidad, o guerra desatada en la población, sino colocada ante una gran emergencia general, surgida de una catástrofe, suficientemente intensa como para influir alterando la conducta de los habitantes.

II -- LA DEFENSA NACIONAL.

También es sabido que en el área de la defensa nacional se encuentra la necesidad de preservar la unión nacional, como resguardo de ese alto objetivo prescripto en el Preámbulo de nuestra Constitución Nacional.

Hacia ese objetivo superior, el enfoque de la defensa nacional contempla los problemas que se plantean cuando se ven lesionados o probablemente lesionados, los grupos primarios de la sociedad, que son aquellos "*que permiten socializar a los hombres, introducirlos en la sociedad, incorporarlos a las normas, a los significados y a los valores*"². En esa arquitectura social de la cohesión interna, aparecen como 'grupos primarios' los siguientes:

¹ Trabajo preparado en 1997. Fue difundido por la Escuela de Defensa Nacional como Boletín de Difusión Académica 5/97, registro interno 135. También fue publicado en la Revista de Policía y Criminalística N° 6.

² Revista de la Escuela de Defensa Nacional N° 41 de 1992, página 146, sobre el 'factor psicosocial'.

La familia: fundamental para transmitir los valores y cimentar la unión entre las generaciones. Se encontrará amenazada por todo lo que tienda a lesionar el vínculo familiar.

La escuela: donde se transmiten no sólo los conocimientos, sino también la adhesión a la sociedad en sus instituciones. La amenaza se producirá cuando la función escolar sea alterada y también cuando lo que en ella se adquiere sanamente, no corresponde a la realidad social, económica y política, ni a los genuinos intereses patrióticos.

La sociedad política: con todas sus instituciones. Las lesiones pueden ocurrir cuando ellas son burladas, son infiltradas, no están en manos idóneas, o requieren perfeccionamientos que resulten indispensables y urgentes. Se incluyen aquí los partidos políticos, de los cuales influye el prestigio y eficiencia de sus directivos, la calidad de sus plataformas, y el resultado de su participación pública. La defensa nacional se presenta aquí solamente cuando las instituciones, en la normalidad, no logran sostener el desenvolvimiento político, y se requiere que las máximas autoridades nacionales adopten los recursos previsoros para su restablecimiento. Será importante conocer la actividad de los factores de poder no institucionales, que perturben el juego de la sociedad política.

La sociedad económica: que administra la riqueza y el trabajo que le corresponde. La lesión se producirá cuando en ella misma se vulnere la dignidad humana de la población o se ensombrezca su futuro, o cuando los grupos de presión perturben el desenvolvimiento económico-financiero.

La religión: como sostén moral en el comportamiento humano, por medio de sus creencias y mandamientos superiores. Se lesiona cuando decae la religiosidad de la población, cuando se multiplican los grupos pseudo religiosos y semirreligiosos, y cuando la religiosidad incurre en el fanatismo impetuoso e intolerante y agresivo.

La recreación: algunos autores la incluyen como ‘grupo primario’ como resultado de la realidad comprobable en las últimas décadas, porque con alguna frecuencia, ha dejado de ser un complemento solaz y, en ciertos casos, se ha constituido en un instrumento de perversión contra los otros grupos primarios.

Como puede advertirse, las medidas de la defensa nacional, en el caso de la “unión nacional”, quedarán a cargo de todas las autoridades nacionales, provinciales y municipales, en sus respectivas áreas de responsabilidad, en forma ampliamente coordinada vertical y horizontalmente, y en aquellos que presiden los grupos primarios de la sociedad. La tarea se tornará más compleja, en la medida en que, sobre la “unión nacional”, actúen influencias exteriores de este mundo cada vez más empuñecido e interconectado.

III – LAS GRANDES EMERGENCIAS.

1. Introducción.

Las grandes emergencias son producidas por las catástrofes de magnitud considerable, pero también por todo fenómeno capaz de producir un gran impacto psicológico sobre la población.

Entre aquéllas, encontramos las de efecto inmediato como los terremotos o el vulcanismo, y las de efecto lento como el de una inundación o el de una epidemia.

Entre las emergencias que no derivan de catástrofes, encontraremos las que proceden de rumores o noticias alarmistas que se multiplican, de emergencias que ocurren en regiones alejadas pero que producen influencias ecuménicas, o de hechos concretos que abren un futuro pleno de incertidumbre, como puede derivarse de la desaparición de un líder de gran prestigio que fue considerado prácticamente insustituible, o por un conocimiento científico que asegura un futuro penoso, o aun por una situación interior generalizada que escapa al control de las autoridades institucionales.

La experiencia lograda en las catástrofes está ampliamente documentada, sobre todo en los países más azotados por ellas como en el Perú, Chile y Japón por los terremotos (como en todo el ‘arco volcánico’ del Pacífico), y como en América del Norte y Central por los huracanes y otros fenómenos meteorológicos. La lista es más amplia.

Las catástrofes, cuanto más impactantes fueren, mayor será la conmoción que produzcan, perturbando y alterando las conductas y poniendo en riesgo la ‘unión nacional’.

Por lo general, en una situación de normalidad, el conjunto de una sociedad puede ser sintetizado y graficado como sigue a continuación:

1	2	3
----------	----------	----------

1: Sector que llamamos polo negativo de la sociedad, minoría demográfica donde se encuentran los que delinquen, los agresivos, los desertores del deber, los que se evaden de la realidad, los perturbadores del orden, los exaltados y fanáticos.

2: Sector que llamamos la masa central de la sociedad, donde se encuentra la mayoría demográfica que no se define por ninguno de los polos sociales: ni son perturbadores ni son benefactores sociales.

3: Sector que llamamos el polo positivo de la sociedad, minoría demográfica donde se encuentran los que cumplen con su deber social, los que nunca pierden la serenidad, los que mantienen sus responsabilidades, los que ayudan al prójimo, los que acatan las disciplinas, las normas, y profesan los valores, y los religiosamente correctos.

Ahora bien: cuando la población recibe un fuerte shock psicológico, suficiente como para alterar las conductas, esa composición social queda normalmente modificada según el gráfico siguiente:

1	2	3
----------	----------	----------

1: Ha aumentado la cantidad demográfica de los que se incluyen en el polo negativo de la sociedad: mayor descreimiento, también mayor desobediencia; auto conservación antes que la obligación, actitudes irracionales y patológicas, histerismo, lesiones cardíacas, suicidios; fugas desordenadas; aumento de la delincuencia, de la agresividad y del desorden, saqueos, ausentismo, debilidad en la solidez de los ‘grupos primarios’.

2: La masa demográfica central de la sociedad ha disminuido, porque ha engrosado la participación en los dos polos. Este fenómeno se denomina la polarización de la sociedad.

3: **También** aumenta la presencia demográfica en el polo positivo. Muchos serán los que ayuden al prójimo, los que obedezcan y colaboren con las autoridades, los que mantengan una conducta serena y racional, los que cumplan con su deber, los que se mantendrán al frente de los ‘grupos primarios’, los que irradiarán el mejor de los ejemplos individuales con su conducta heroica y sacrificada.

Esta ‘polarización’ es comprobable en las pequeñas alteraciones del orden. Por ejemplo en un incendio: la polarización positiva estará representada por los que desearán voluntariamente colaborar con los bomberos y auxiliar a los heridos. En cambio, la polarización negativa estará representada por los que aprovecharán la situación para cometer saqueos en el desorden. Tanto unos como los otros, antes del incendio estaban en la masa central de la sociedad, y fue ese hecho el que los hizo ‘polarizar’.

2. Algunas experiencias.

La fiebre ‘amarilla’ (1871).

El flagelo llegó en un barco que procedía desde Asunción del Paraguay, durante el verano de 1870/71, luego de finalizada la guerra de ‘triple alianza’. El mosquito, como vector de la enfermedad, era totalmente desconocido y, por supuesto, el tratamiento medicinal era precario y tantas veces ineficiente.

El primer azote epidémico fue sufrido por la ciudad de Corrientes, desde fines de diciembre de 1870 hasta mayo de 1871. Esta ciudad de 11.200 habitantes, presenció en enero una fuga masiva de su población. Tuvo 4.000 enfermos (36% del total), de los cuales fallecieron 2.000 (18% del total de la ciudad). La proporción de enfermos y de fallecidos fue muy superior a la que se produjo en Buenos Aires.

El gobernador Santiago Baibiene, que estaba en la frontera con Entre Ríos por la rebelión de López Jordán, tuvo una conducta digna de su responsabilidad: regresó a la ciudad y permaneció en la casa de gobierno con un solo empleado, sin poder hacer algo útil salvo el de dar el mejor ejemplo. El resto de sus auxiliares había huido a la campaña. Cuando Baibiene falleció, estaba en su puesto, y esa sede de gobierno quedó vacía absolutamente durante cuatro días, hasta que un vecino entró y permaneció en ella por iniciativa propia, custodiando las existencias mobiliarias.

La memoria histórica correntina rescata la conducta sacrificada y ejemplar del Dr. José R. Vidal (tiene su monumento), Dr. Puig de Maza, Dr. Fossatti, Dr. Mendía, y practicantes Hervey y Baibiene.

La epidemia llegó a Buenos Aires durante los últimos días de enero. Se estima que enfermaron 50.000 pobladores, el 25% de una ciudad que tenía en ese entonces 200.000 habitantes. La cantidad de muertes registradas fue de 13.700 (7% de la población de la ciudad; recordemos que en Curupaití murieron sólo 588 argentinos). Los fallecimientos progresaron así: 6 en enero; 300 en febrero; 4.900 en marzo; 7.535 en abril; 842 en mayo; y 38 en junio. Los fallecimientos producidos en la inminencia del invierno (mayo y junio), se debieron a que la población creía protegerse en habitaciones caldeadas a carbón o leña, ignorando que en las viviendas templadas continuaba vivo y virulento el mosquito.

Estando en plena ejecución el carnaval durante febrero, la autoridad municipal dudaba en suspenderlo: se desconocía cuál era la influencia de sus aglomeraciones populares. Pero en marzo, la gran cantidad de muertos originó una fuga espontánea y masiva de 50.000 personas que abandonaron la ciudad hacia la campaña. En abril, cuando la mortalidad arreció, la autoridad aconsejó salir de Buenos Aires y, entonces, huyeron 80.000 almas. De 200.000 pobladores, sólo quedaron 70.000.

En esa época, Buenos Aires no era todavía la capital argentina: pertenecía a la Provincia y sólo era el asiento de las autoridades nacionales.

La ‘polarización positiva’ registró nombres y conductas dignas: en primer lugar, la del Gobernador de la Provincia, Emilio Castro (no abandonó la ciudad durante toda la epidemia, tomando todas las medidas aconsejables de la improvisación)³; el jefe de la policía de la ciudad, O’Gorman, que enfrentó la emergencia manteniendo rígidamente la disciplina de policías y serenos; el capitán del puerto, Coronel M. Bustillo⁴; el presidente del Banco, Doctor Gorostiaga; el Oficial Mayor del Ministro de Gobierno de la Provincia, Estanislao del Campo.

En la actividad privada, se comportaron con toda dignidad: la señora María Beláustegui de Cazón, de la Sociedad de Beneficencia que, mientras tantos hombres huían, ella cumplió la tarea humanitaria de organizar el asilo de huérfanos para los niños que habían perdido a sus padres, y luego organizó un lazareto de circunstancias (entre las actuales calles Córdoba, Pueyrredón, Paraguay y Azcuénaga) debido a que los cementerios quedaron colmados rápidamente.

³ Se trataba de improvisar: Buenos Aires había sufrido pocos años antes el azote del cólera y también de la fiebre ‘amarilla’. Nada se hizo como para recoger experiencias y adoptar algunas previsiones.

⁴ Impidió la entrada de inmigrantes que aguardaban en Montevideo, temiendo entrar a la ciudad enferma. Fueron derivados hacia Santa Fe y Entre Ríos.

Varias personas se quedaron en la ciudad para colaborar, creando la Comisión Popular de Salubridad Pública: su presidencia recayó por elección unánime en Roque Pérez, que así se sumó a la ayuda humanitaria. Al aceptar la presidencia, Roque Pérez redactó y firmó su testamento y actuó permanentemente recorriendo los lugares más azotados por la epidemia, falleciendo en esta tarea. Lo acompañaron: Héctor Varela, Bernardo de Irigoyen (diputado nacional), Lucio V. Mansilla, Carlos Guido y Spano, Aristóbulo del Valle, Evaristo Carriego, José C. Paz, y otros. La organización de esta Comisión fue una iniciativa privada ejemplar que, aunque a veces perturbó las tareas de las autoridades locales, provocó un excelente ejemplo moral, tanto más porque estaba integrada por miembros de familias distinguidas que no huyeron. A la muerte de Roque Pérez, la Comisión comenzó a desintegrarse por disidencias internas.

Los diarios de Buenos Aires crearon, inicialmente, un clima de histeria: contribuyeron a propagar el terror, sin dar informaciones ni indicaciones para irradiar una influencia favorable y humanitaria, pero poco después siguieron una línea de información de gran cordura. Los bancos directamente cerraron sus puertas debido al ausentismo de su personal.

Hubo médicos que dignificaron el ejercicio de la profesión permaneciendo para atender a los pacientes durante toda la epidemia: el Doctor Francisco J. Muñiz (a los 70 años de edad, ya jubilado, se sumó voluntariamente a la guerra de 'triple alianza' donde quedó muy enfermo; y a los 75 años, en 1871, contrajo la enfermedad al atender a su último paciente, el periodista Francisco López Torres); el Dr. Eustaquio Herrero Salas (que llegó desde Navarro), el Dr. Pedro Zavaleta (vino desde 25 de Mayo), el Dr. Mateo J. Luque (llegó desde Córdoba), los Doctores, Guillermo Rawson, Eduardo Wilde, Vicente Ruiz Moreno, Pedro Mallo, Caupolicán Medina, Carlos Gallarini, Degroud, Pérez, Ortiz Herrera, Barbati, García Fernández, Golfarini, Tamini, Larrosa, José M. Bosch, Adolfo Argerich, Manuel G. Argerich, Negri, Pedro Díaz de Vivar, A. Señorans, Rafael Herrera (este último era médico venezolano: fue contratado en Río de Janeiro por nuestro embajador Paunero y llegó a Buenos Aires actuando sin cobrar honorarios). Seguiría aquí, a continuación, la lista de los médicos que huyeron de la ciudad, que fueron numerosos.

El senador, General Bartolomé Mitre, recuperado después de sufrir la enfermedad, colaboró proponiendo la instalación de campamentos para alojar y alimentar a las personas desamparadas, ubicados aproximadamente donde hoy se encuentra Ramos Mejía.

El clero tuvo un comportamiento dignísimo: asistieron a los moribundos, a los desamparados, recibieron confesiones desesperadas. Murieron aproximadamente 50 sacerdotes.

El abogado Leandro N. Alem, actuó en Balvanera ayudando como simple enfermero al Doctor Ruiz Moreno. Enfermó y así adquirió un gran prestigio.

En la polarización negativa se ubicaron varias autoridades nacionales: dejaron la ciudad pestilente el Presidente de la Nación y el Vicepresidente⁵. Salvo Nicolás Avellaneda, todos los demás ministros del Poder Ejecutivo, desaparecieron de la ciudad. Los tribunales, las oficinas públicas, la Corte Suprema, sufrieron un gran ausentismo de sus titulares. La legislatura de la Provincia de Buenos Aires nunca tuvo quórum durante los meses en que arreció la epidemia.

Así como hubo familias que se unieron y abrazaron a sus propios moribundos, también se conocieron casos de descohesión familiar, víctimas del terror. La fuga en masa dejó la ciudad sin comercios. Los abastecedores no se animaban a entrar en ella. El transporte languideció por la falta de cocheros.

La especulación castigó a los que se quedaron, con precios escandalosos de lo que necesitaban para vivir, y también a los que huyeron, cobrando pasajes altísimos por el transporte hacia la campaña, y alquilando en el campo verdaderas tapanas miserables por sumas muy elevadas.

⁵ El diario 'La Prensa' publicó el 21 de marzo de 1871 un artículo titulado "El Presidente huyendo", donde lo acusó de cobarde y sugirió que merecía ser ejecutado por abandonar al pueblo en el momento en que más necesitaba de los grandes ejemplos en el cumplimiento del deber. El vicepresidente huyó entre los primeros fugitivos, provocando un verdadero escándalo entre sus amigos que lo querían proponer como presidente de la Comisión Popular de Salubridad Pública.

Los carros abandonados en malas condiciones, fueron reparados trabajando a destajo por el afán de aprovechar las fugas. También hubo evasión por el alcoholismo. Los inmigrantes fueron las víctimas expiatorias: se los consideró culpables de la epidemia. Se apretujaban en malas condiciones en los conventillos del barrio sur (hoy San Telmo), siendo desalojados por la fuerza y quemándoseles sus equipajes.

Si grande fue la tragedia, todavía empeoró la situación cuando se abatió sobre la población una ola de delincuencia: se saquearon a la luz del día las residencias abandonadas; los cadáveres fueron despojados de sus pertenencias, y muchos delincuentes actuaron disfrazados de enfermeros. Pero esa tragedia continuó después de desaparecida la epidemia, cuando en los tribunales se olvidó la solidaridad, la amistad, los lazos de familia, entre los que se desesperaban por lograr las herencias de los fallecidos.

La gravedad de la epidemia provocó enormes problemas novedosos ante los cuales hubo necesariamente que improvisar: cementerios colmados, escasez de ataúdes (no había cómo construirlos por la fuga de tantos carpinteros), falta de sepultureros, huérfanos abandonados, actividad policial saturada por la lucha contra tanta delincuencia, ausencia de abastecimientos, mercado negro de los artículos de primera necesidad, ausencia de agua corriente y uso de las aguas contaminadas de los aljibes y del río (donde se llevaba a lavar la ropa y a bañar los caballos).

Colmados los cementerios, el rector del Colegio Buenos Aires cedió la ‘chacrita de los colegiales’ (usadas durante las vacaciones de los estudiantes), donde se organizó apresuradamente un cementerio de emergencia (hoy, Cementerio de la ‘Chacarita’, deformación de la palabra ‘chacrita’). Los terrenos inundados no permitían el paso de carruajes hasta ese lugar. Hubo que construir apresuradamente una vía férrea desde la actual intersección de Corrientes y Pueyrredón (siguiendo el recorrido de la avenida Corrientes). La ‘porteña’ movía el ‘tren de los muertos’, manejada por el doctor Enrique Peña, reemplazando al maquinista fallecido durante la epidemia.

La invitación a abandonar la ciudad en marzo, tuvo las peores consecuencias: convenció para que huyeran a los que se quedaban para ayudar al prójimo, provocó una explosión del ‘sálvese quien pueda’, y destruyó muchas familias abandonadas por sus padres o ancianos abandonados por sus hijos. El Doctor Guillermo Rawson escribió: “...yo he visto al hijo abandonado por el padre; he visto al hermano moribundo abandonado por el hermano....Pero he visto señores en altas horas de la noche, en medio de aquella pavorosa ciudad, a un hombre vestido de negro caminando por aquellas calles desiertas. Era el sacerdote que iba a llevar la última palabra de consuelo al moribundo”.

Si tantas conductas fueron ejemplares durante la fiebre ‘amarilla’ de 1871, estuvieron acompañadas por las de la inhumanidad y de la ruptura de los lazos de solidaridad. La realidad fue, por supuesto, mucho más estremecedora de lo que pueden reflejar estos apretados párrafos. He allí los mejores y los peores ejemplos. Hay que aprender de todos ellos: de lo mejor se aprende; también, de lo peor.

Esta emergencia fue dejada de lado y nunca la hemos visto incluida en los textos de historia. Si contiene cosas desagradables, no hay por qué ocultarlas: un signo de **madurez política y cultural**, consiste en conocer la verdad histórica, sin eufemismos ni deformaciones.

La guerra de los mundos (30 de octubre de 1938).

Este trágico episodio ocurrió en los estados de la costa Atlántica de los Estados Unidos, donde se captó la radioemisión dirigida por Orson Welles, sobre la invasión de los marcianos.

A pesar de que era un ‘radioteatro’ y a pesar de que con frecuencia se indicaba a la audiencia que sólo se trataba de eso, el público creyó que la invasión marciana era real.

Los analistas afirmaron que la población se encontraba predispuesta para aceptar las noticias más alarmantes porque primero, estaba fresco el recuerdo de la crisis de 1929 y de sus consecuencias calamitosas, y segundo, porque los sucesos bélicos que ocurrieron y ocurrían en el viejo continente (armamentismo alemán, su agresividad hacia Austria, la guerra civil española, la

invasión italiana a Etiopía, el crecimiento militar del Japón), habían creado una sensibilidad que facilitaba el alarmismo, la inquietud, la preocupación, y se temía una agresión externa.

“Alrededor de 350 psiquiatras de Europa y Estados Unidos enviaron en setiembre de 1935, una carta a los estadistas del mundo entero. Nosotros, psiquiatras y psicólogos, cuya tarea consiste en investigar los estados normales y morbosos de la mente, y utilizar nuestros conocimientos en servir a la humanidad, nos consideramos obligados, como médicos, a enviar a ustedes un fervoroso mensaje de advertencia.

“Actualmente existe en el mundo un estado de espíritu que pone en peligro la vida de las naciones por cuanto puede llegar a convertirse en una manifiesta psicosis de guerra”⁶.

El impacto psicológico de esa radioemisión fue inmediato: histeria y pánico en la población; los automovilistas que la recibían, también entraron en esa situación, deteniéndose, abandonando sus vehículos y creando la mayor aglomeración y paralización del tránsito carretero que se hubiese conocido.

Muchos excitados concurren a pedir información a la policía, que no podía suministrarla, pues nada conocía de una invasión extraterrestre y sólo estaba saturada por el desorden general en las ciudades y en las rutas.

Hubo casos patológicos y suicidios.. Y todo por una ‘radioemisión’. *“...En última instancia habría que reconocer el propio poder de sugestión del radiograma: en esa época y en esa circunstancia, la radio era especialmente indicada para crear un estado de pánico. Lo que no se podía ver daba margen para la imaginación. La sugestión creció con la mención de pueblos y ciudades conocidas arrasadas por el invasor marciano, y con la presunta voz del Secretario del Interior, de oficiales de la milicia, y un locutor que transmitía en el mismo estilo de los noticieros, simultáneamente para todo el país. Las mediciones de audiencia registraron 6.000.000 de oyentes. Casi 1.500.000 sufrieron el pánico en mayor o menor grado...”⁷.*

Si bien la situación se fue normalizando el día siguiente y el subsiguiente, la experiencia popular fue correctamente sedimentada. Cuando el presidente Roosevelt anunció personalmente por radio que el 7 de diciembre de 1941, el Japón había atacado por sorpresa Pearl Harbor, no se perdió la calma y la población se motivó para apoyar la causa nacional.

El gran terremoto de San Juan (15 de enero de 1944).

No interesa aquí detallar los grandes daños y las muertes, que son imaginables, sino describir algunos hechos que demostraron la gravedad de la situación provocada por el sismo.

- La ciudad semiderruida quedó aislada: destruida la carretera y el ferrocarril que la conectaban con Mendoza. Se produjo así un primer período durante el cual no se recibieron auxilios ni abastecimientos.
- Tampoco se contó con radioemisión ni con teléfono: las primeras noticias fueron transmitidas por un radioaficionado y luego por la red radioeléctrica del Ejército y del Ministerio del Interior. Los habitantes de Buenos Aires que necesitaban saber si había fallecido alguna persona en San Juan, debían concurrir al hall del Correo Central, donde esa lista estaba detallada en un gran tablero.
- La cirugía de emergencia se cumplió al aire libre y hasta sin anestesia, y de noche a la luz de faroles a combustible.
- La ‘polarización positiva’ estuvo presente: hubo una movilización espontánea de muchos voluntarios. La población del país contribuyó con dinero para ayudar al costo de la restauración. También la ‘polarización negativa’: aparecieron cadáveres con dedos y orejas cortados, para poder apoderarse de sus anillos y aros.

⁶ ‘La Opinión Cultural’, 16 de setiembre de 1973, página 7.

⁷ Ibídem, página 7.

- Algunas conductas llamaron la atención: el director de la cárcel sanjuanina dejó en libertad a todos los reclusos. Posiblemente, el penal no podía funcionar sin abastecimiento, sin energía, y con el gran ausentismo del personal penitenciario.
- La gran parte del apoyo nacional se canalizó a través del territorio de la Provincia de Mendoza.
- La ciudad fue colocada bajo el control militar con rapidez, evitándose así desmanes y muchos delitos, hasta que las autoridades locales y los recursos recibidos, lograron alcanzar la capacidad de gobierno indispensable.
- La tarea de restauración comenzó por modificar totalmente el diseño urbano (se demolió la parte delantera de cada vivienda, para poder ensanchar las veredas, de manera que toda caída de escombros, no obstaculizara la calzada de las calles). La construcción antisísmica fue obligatoria y severamente controlada hasta hoy.
- Se comprobó que los animales domésticos pudieron detectar la inminencia del sismo, pocos segundos antes de su estallido.

El terremoto de Salta (agosto de 1948).

Como el epicentro se produjo en la zona rural, las ciudades no fueron dañadas. Sin embargo, la violencia sísmica fue muy elevada: la estación Cabeza de Buey del ferrocarril Belgrano, justamente en el epicentro, quedó convertida en escombros. No obstante, el temblor fue advertido con gran claridad a muchos kilómetros. El sismo se produjo avanzada la noche y, si el epicentro hubiese ocurrido en una zona urbana, la catástrofe habría sido similar a la de San Juan de 1944.

En las ciudades de Salta y Jujuy, muchos pobladores salieron a las calles, donde pernoctaron sin regresar a sus viviendas. Algunos, los más emotivos, se lanzaron a las calles en ropas íntimas, buscando hacer una confesión de pecados ante cualquier vecino.

En esos momentos, en Jujuy se estaba filmando la película “Nace la libertad” con Pedro Maratea y Floren Delbene, con la colaboración de las tropas del Ejército para la reproducción del combate de Las Piedras. Los artistas abandonaron el hotel y pasaron el resto de la noche circulando en taxímetro hasta la llegada del día.

No se produjo una conmoción debido a la ausencia de daños y de muertes. Ambas provincias pudieron sufrir una gran catástrofe porque la mayoría de la edificación no era antisísmica. A pesar de eso, quedan hoy muchas viviendas vulnerables, como vulnerable sigue siendo la construcción clandestina.

La gripe asiática (1957).

Esta epidemia avanzó desde el oeste: de Santiago de Chile pasó a Mendoza, luego a San Luis y Río Cuarto, y finalmente llegó hasta Buenos Aires. El norte y el sur del país, prácticamente quedaron libres de este flagelo.

Si bien esa gripe no fue mortal, en cambio fue muy virulenta y causó una gran cantidad de pacientes con el consiguiente y prolongado ausentismo. No hubo conmoción alguna: la epidemia fue benigna; la radio transmitió las informaciones e indicaciones necesarias. Las perturbaciones de los servicios públicos se hicieron sentir por la ausencia de personal. Se suspendió la asistencia a las escuelas y la población espontáneamente restringió su concurrencia a los cines.

Como la persona ‘engripada’ no concurría al hospital y guardaba cama en su propia casa, las autoridades sanitarias no conocían la evolución de la enfermedad. Se optó por conocerla a través del ausentismo y también por la mayor o menor venta de antigripales que informaban diariamente las farmacias.

El apagón de Nueva York (13 de julio de 1977)⁸

Ese día a las 21:34 horas se apagaron sorpresivamente las luces. Este fenómeno fue conocido como ‘el apagón de Nueva York’ y duró 25 horas. Las empresas que suministraban la electricidad informaron que, debido al enorme consumo originado por el calor del verano, las líneas de transmisión sufrieron una demanda excesiva, cuando un rayo impactó sobre uno de los transformadores más importantes.

Fueron miles las personas que quedaron atrapadas en los ascensores y dentro de los subterráneos. Las calles quedaron sin semáforos, de manera que el tránsito fue caótico de inmediato. El alcalde de la ciudad declaró el estado de emergencia. Todos los servidores del orden público fueron llamados al servicio empleando una transmisión por radio utilizando baterías.

“Según las estadísticas, 1.328 negocios fueron asaltados, con pérdidas que alcanzaron los 14 millones de dólares.... las alarmas no funcionaban. Las pérdidas totales durante ese día fueron estimadas en 310 millones de dólares”.

*“...una sensación de pánico invadió la ciudad. Se calcula que el apagón afectó a más de diez millones de personas en toda la zona”.*⁹

Las interrupciones en el suministro de energía eléctrica suelen ser frecuentes en el mundo, no solamente por accidentes sino también por sabotajes. Las consecuencias se agravan si se producen durante la noche y cuando el fenómeno tiene una duración prolongada. Por supuesto, las grandes ciudades en sus barrios más concurridos por los vehículos, donde se concentran los edificios más elevados, y donde vive y trabaja numerosa población, son los lugares más vulnerables.

En frecuentes oportunidades se han conocido fenómenos como estos: dentro de un ascensor, detenido sorpresivamente, con puertas herméticas, la sensación de claustrofobia, empeorada por la oscuridad, surge casi de inmediato sobre todo en las personas más impresionables, que suelen reaccionar histéricamente.

Se ponen a prueba las medidas previsoras, en particular aquellas que tienen por finalidad asegurar un suministro eléctrico de emergencia para los hospitales, los laboratorios, las cámaras frigoríficas, los sistemas de alumbrado, las radioestaciones, y hasta para los edificios más elevados, donde la inmovilidad de los ascensores es acompañada por el rápido consumo del agua que no tiene reposición, porque no funcionarán los motores que la elevan hasta los tanques superiores.

La defensa civil acumula una nutrida experiencia en casos como estos, y origina un conjunto de medidas obligatorias. Sin perjuicio de ello, la polarización estará presente.

El pánico como ‘polarización negativa’¹⁰

Es un estado psicológico colectivo, fuertemente contagioso, en el cual un grupo abandona el comportamiento habitual y exterioriza pasividades o bien energías irracionales, desorganizadoras, desintegradoras de la cohesión, provocadoras de daños psicofísicos, además.

Es provocado por acontecimientos anormales, a los cuales la población normalmente no está habituada. Pueden ser hechos amenazadores o peligrosos, reales o imaginados, breves o prolongados, presentes o futuros, claros o confusos, conocidos o desconocidos.

Sus resultados varían: perplejidad, asombro, sobresalto, ansiedad, frustración de las expectativas, histeria, furia, etc. Algunos estudiosos han descrito así sus peores manifestaciones:

“Súbito estallido de los temores e impulsos oníricos en el hombre y en la colectividad”.

⁸ Diario “Clarín” de Buenos Aires, 14 de julio de 1977, pág. 44.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Volumen 462 de la Biblioteca del Oficial, página 117 y siguientes; ‘Psicología del pánico’ de Joost A. M. Merloo, ediciones Hormé S.A., 1964; “Catástrofes” de Joachim G. Leithauser, Luis de Caralt Editores, Barcelona, 1959; “Cuando murió Buenos Aires”, de Miguel Angel Scenna, Editorial Astrea, 1974.

“Una tempestad de instintos e impulsos elementales que acuden al primer plano”.

“El despertar del irrazonable animal de manada que hay en nosotros; en un instante, toda civilización desaparece y el animal desnudo toma su lugar”.

“Descarga de pasiones”.

“Epidemia de acciones reprimidas”.

De las víctimas del pánico, sólo una parte toma conocimiento directo con el acontecimiento que lo provoca: el resto, lo contrae por contagio psicológico.

En la guerra, el pánico suele ser un objetivo psicológico en el combate mismo o en las zonas de retaguardia, donde se persigue neutralizar la actividad bélica por la desintegración y paralización del interior, e incluso, el cambio de lealtad y la sumisión por el terror.

El pánico aumenta:

- Con la falta de experiencia ante los fenómenos causantes.
- Con el empleo imprudentes y sensacionalista de los medios de difusión.
- Con las aglomeraciones.
- Con débiles creencias religiosas.
- Con la vida fácil y placentera.
- Con la susceptibilidad al rumor.
- Cuanto más impactante fuere el fenómeno.
- Donde exista una mayor delictividad.
- Donde exista escasa solidaridad.
- Con la destrucción, la desorganización social, los ruidos intensos, la oscuridad nocturna y otras circunstancias contribuyentes.
- Con la impotencia para encarar situaciones y con el desamparo.
- Con algunos estados previos: inquietud, temor, etc.
- Al perder contacto con las autoridades y con los que presiden los ‘grupos primarios’ de la sociedad.
- Con la pérdida de confianza en las autoridades, en tanto fueren vacilantes, confundidas, perturbadas.

El pánico disminuye:

- Con la experiencia ante acontecimientos peligrosos.
- Con la menor densidad demográfica: no se producen aglomeraciones.
- Con una firme religiosidad.
- Con una sólida moral.
- Con una vida sacrificada.
- Con el acertado empleo de los medios de difusión: contribuyendo a la cohesión, a la solidaridad, proporcionando información correcta, dando instrucciones a cumplir, etc.
- Con vínculos firmes en todos los ‘grupos primarios’.
- Con la disciplina, el orden, el normal desenvolvimiento de los servicios públicos.
- En contacto con una autoridad prestigiosa, que proporciona el mejor ejemplo ante la emergencia, y ante la presencia de los que presiden los ‘grupos primarios’ con calma y responsabilidad.

El pánico puede originar reacciones muy distintas, a saber:

Reacciones energicas: fuga (con destino conocido o sin destino fijo), agresividad, destructividad, alegría exagerada, bravuconería (alarde de temeridad), apetito sexual, hambre de sensaciones exteriores (evasión), pillaje, furia, suicidios, histeria.

Reacciones pasivas: inmovilidad, abatimiento, sumisión.

Reacciones intermedias: encierro, continuar con la rutina, deambular con indiferencia, consumo de alcohol y drogas, conducta infantil.

Cuando las reacciones son inmediatas, se está en presencia del pánico agudo. En cambio, las reacciones pueden demorarse, ser retardadas, con lo cual se estará en presencia de un pánico incubado.

Las áreas urbanas son las más vulnerables al pánico, por las aglomeraciones y por las anomalías de los servicios públicos esenciales.

IV -- ALGUNAS REFLEXIONES.

La conmoción es un fenómeno que lesiona en mayor o menor grado la cohesión social necesaria para la “unión nacional”. La intervención de las autoridades debe ser urgente: la urgencia tenderá a prevalecer sobre la perfección de la actividad. Pero la perfección se mejora o se alcanza con la experiencia, con los distintos programas preparados de antemano, y con los frecuentes ensayos. Sin embargo, las autoridades deben tener presente que cuando se produce una gran conmoción, pueden sufrir la ausencia de sus auxiliares y colaboradores, con lo cual la ejecución sufrirá normalmente entorpecimientos.

Frente a una conmoción, la ‘defensa civil’ será solamente una parte de la tarea de defensa nacional, para restaurar las condiciones normales de cohesión y desenvolvimiento. Las exigencias y condiciones para estos casos, pueden ser las siguientes:

Las autoridades: deben dar el ejemplo en el cumplimiento del deber, en la serenidad y en el sacrificio personal, cualidades que deben trascender a la población.

Los medios de difusión: deben ser orientados para motivar las mejores conductas, difundir las instrucciones necesarias, y los comportamientos ejemplares, llamar a la calma y a la cooperación, difundir información confiable, y reprobar los actos delictivos y otros de la ‘polarización negativa’.

Los servicios públicos y privados: debe estar prevista su movilización parcial o total.

La legislación: debe ser previa y adecuada.

Las regiones no conmovidas: desde ellas debe concurrir el apoyo hacia las regiones conmovidas.

Los delitos: deben difundirse públicamente las figuras delictivas cometidas y, también, las sanciones correspondientes.

Evacuaciones: pueden ser necesarias según el caso. Antes de ordenar la evacuación de una zona o ciudad, deben considerarse cuáles serán sus efectos probables. De ninguna manera, una evacuación ordenada debe ser motivo para que se abandone la colaboración y la ayuda. Si no se instalan cordones sanitarios, la mejor recepción de una migración interior estará, normalmente, en la capacidad de alojamiento de las zonas turísticas.

La iniciativa privada: debe ser orientada para que sea todo un complemento y no una perturbación o superposición de la actividad oficial.

El control: será indispensable organizar el control sobre la evolución de la conmoción y la supervisión de las actividades para restablecer el orden, el desenvolvimiento de las actividades, la cohesión social y la restauración de lo que fuere dañado.

La tarea previsor y de ejecución ante una conmoción, corresponde a la defensa nacional, por cuanto ella atenta contra varios de los ‘grupos primarios’: puede llegar - en el peor de los casos - a quebrar el vínculo familiar, puede hacer perder ascendente a la sociedad política si se debe improvisar o si se pierde el control, puede desarticular la sociedad económica con las

maniobras especulativas; puede poner a prueba la religiosidad, sobre todo cuando previamente se han multiplicado los grupos autotitulados ‘religiosos’. En una conmoción, será indispensable reconocer a los que integran la ‘polarización positiva’, que deben ser apoyados e incrementados, porque serán los que fortalecerán a los ‘grupos primarios’.

En una reciente entrevista (diario “Clarín” de Buenos Aires, 15 de junio de 1997, página 20 y 21) el conocido pensador Paul Kennedy de la Universidad de Yale, menciona la vulnerabilidad del sistema financiero mundial, según él, ingobernable, en el que cualquier shock o, aún un fenómeno telúrico o bélico, podría desatar una situación caótico-catastrófica en toda la humanidad, puesto que la ínter vinculación es total, avasallando lo que antes fueron compartimientos regionales. Es interesante reproducir a continuación los primeros párrafos de esa entrevista:

“¿Cuáles son los peligros que amenazan la estabilidad de este mundo sin fronteras financieras, donde el dinero entra y sale de cualquier país en cuestión de minutos?”

PK: *‘Es interesante hablar con los directores de la banca de inversión en Nueva York, personas que mueven centenas de millones de dólares diariamente. Ellos aseguran que nadie controla el sistema financiero mundial, o, dicho de otra manera, lo hace un conjunto de 200.000 agentes de Bolsa en forma dispersa y autónoma, donde cada uno actúa como quiere, con muy pocas regulaciones. Los banqueros sienten temor de que algo suceda de manera imprevista en el mundo y se les arruine su negocio. Para eso, intentan estar despiertos las 24 horas del día a través de sus oficinas en todo el planeta....’*

“¿Qué cosa tan grave puede pasar en esas horas?”

PK: *‘Le doy un ejemplo. Supongamos que en la mitad de la noche de Nueva York, China lanza un ataque sorpresivo a Taiwán. El pánico arrasaría con las bolsas de Tokio y de Singapur; muchos inversores tratarían de desprenderse de sus acciones y pasarse al oro o protegerían su dinero en un banco suizo. Cuando a la mañana siguiente Wall Street abriera sus puertas, se encontraría inundada de órdenes de venta de papeles de Ford o de Boeing que estaban en manos de japoneses y cuyos tenedores temerían que una eventual reacción estadounidense implicara una confrontación militar generalizada en Asia. Los mercados se derrumbarían de un día para el otro y la gente que invirtió en acciones sería mucho más pobre’.*

“Su escenario suena catastrófico, pero poco posible. ¿Para qué querría China invadir Taiwán ahora que busca consolidar su imagen económica?”

PK: *‘Podría haber varias razones de política interna. Pero si no lo convence este escenario, le planteo otro bien diferente. Los científicos estudian desde hace años la posibilidad de que haya un terremoto importante en la bahía de Tokio. Si esto sucediera y provocara daños terribles, los japoneses intentarían recuperar los miles de millones que invirtieron en la economía estadounidense para reconstruir Tokio y el dólar caería en forma estrepitosa. Los mismos banqueros afirman que la causa de una crisis podría ser política o un desastre natural. Y como nadie maneja el mercado financiero global, se generarían situaciones de pánico’.....”.*

La experiencia es la que permite imaginar la alteración de la normalidad que llegaría a producirse mediante una crisis financiera mundial. La conmoción impactaría en la vida económica en primer término, por lo tanto en el trabajo, en los precios, en las especulaciones de todo tipo, llegando a perturbar el desenvolvimiento hasta de las poblaciones más humildes.

La polarización social comenzaría de inmediato, y a la vez, amenazada la sobrevivencia personal, la polarización negativa prevalecería sobre la de carácter positivo: especulación comercial sobre los artículos de primera necesidad, desorden y desobediencia, hurtos y robos, desorganización de algunos servicios públicos, ausencias y deserciones.

En suma, una conmoción social ecuménica o regional, está en el pensamiento de quienes - como Paul Kennedy - dan una voz de alerta, razón que aconseja sedimentar la experiencia obtenida de tantos casos conocidos y, hasta donde se pueda, adoptar previsiones que representen un pensamiento anticipado y atesorado como una reserva intelectual para enfrentar emergencias.

Lo que un pueblo “vale”, lo que sus autoridades “valen”, no se comprobará tanto en los momentos fáciles, como en los momentos más difíciles, y allí podrán aparecer algunas sorpresas.

Los viejos reglamentos militares, aquellos de los años 1930, decían que, los que pasen desapercibidos en la paz, pueden ponerse en evidencia como héroes en la guerra (es decir, se polarizan positivamente). También en otro párrafo podía leerse: junto a los actos de heroísmo, aparecerán las miserias humanas (ambas polarizaciones), lo cual es extensivo y válido para las grandes conmociones públicas.
